

Mbembe, Achille (2011). *Necropolítica*. Madrid: Melusina.

Felipe Bustos González
Universidad Veracruzana, México

Achille Mbembe es uno de los filósofos más representativos de las teorías poscolonialistas, aunque recientemente ha negado esa filiación, puesto que su producción apunta a enterrar el colonialismo y ocuparse del mañana. Nacido en Camerún en 1957, su experiencia se encuentra arraigada en el continente africano, aunque es un investigador con amplias redes internacionales. La mayoría de sus textos académicos están escritos en francés y ha sido muy poco traducido al inglés. *Necropolítica*, en su traducción al castellano, es una recomendación relativamente rara, pero necesaria para la actualización de las teorías del Estado, de la violencia y de la guerra. Su autor ha llamado la atención de universidades mexicanas, como la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) —que le ha publicado por parte del Museo Universitario de Arte Contemporáneo (MUAC)—, y de algunos investigadores de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) —que también han dado con Giorgio Agamben.

Necropolítica, de Achille Mbembe, contiene dos artículos acerca de este paradigma de gobierno que rebasa la biopolítica de Foucault, entendida como

sumisión corporal, sanitaria, y como violencia para salvaguardar rentabilidad. Originalmente publicados como “Necropolitique”, en «Traversées, diaporas, modernités», *Raisons Politiques*, No. 21, en 2006, y “Du gouvernement privé indirect”, *Politique africaine*, No. 73, en marzo de 1999, en la edición española de Editorial Melusina encontramos un ejemplar compacto de sólo 120 páginas, pero repleto de consideraciones importantes.

El filósofo y científico político habla desde referentes africanos e internacionales para explicar el poder y la capacidad de decisión acerca de quién puede vivir y quién debe morir, los usos actuales de la violencia por el Estado y explica, además, su administración como “gobierno privado e indirecto”. A Mbembe, en otra de sus obras, *On the postcolony*, le preocupa la inspiración que ciertos académicos han desarrollado a través de Foucault, pensando como simbólico todo efecto sobre los cuerpos y dejando de lado la influencia del Estado como punto central de los análisis del poder; se han olvidado, dice, de que los discursos y representaciones tienen materialidad.

En el primer artículo, que da nombre a la publicación, habla de la dependencia de la vida con respecto a la decisión

soberana. La vida es parte de ese despliegue de poder que ciertos individuos ejercen. Foucault y Agamben también hacen mención de esto, y lo ilustran en la situación cumbre del Estado Nazi, en cuanto encarnación del Estado de excepción. Por lo que toca a esta figura explicativa, Mbembe comparte el término de razón instrumental de Habermas, pero agrega, en calidad de ejemplo, la figura de la plantación y su administración, y el racismo, además de las características actuales de los Estados africanos. El autor describe al Estado Nazi como aquel que cultivó el derecho soberano de matar; era racista, mortífero y suicida; hacía del cuerpo un arma y la posicionaba en la lucha letal.

Las condiciones en las que se ejerce este poder soberano de matar son concretas: primero, un Estado que selecciona derechos; segundo, que establece relaciones de enemistad a través de llamados de urgencia y ficción orientados a declarar “inhumano” al Otro. Desde la perspectiva de África, esto es constante en su historia de colonialización; siempre se le equipara con lo primigenio, lo bestial; ni siquiera se le concibe en subdesarrollo o premodernidad, como “el norte” concibe a Latinoamérica. Para Mbembe, el concepto de raza precede a otros; es el *arché* de quienes señalan a otros de criminales o terroristas. El Estado muestra la existencia del Otro como un atentado a la propia; el discurso dicta que *su anulación garantiza permanencia*. Esto ya no es *biopoder* ni *oikonomía*, es

tanatopoder—en términos de Agamben—y *necropolítica*.

La esclavitud es un tema importante para la teoría del Estado, en tanto lugar de experimentación biopolítica. La pérdida del hogar, de los derechos sobre el cuerpo y del status político somete a esa población alienada a transacciones sobre precios y valores, además de muerte por abuso de poder y despliegue de terror. A pesar de eso, es posible que los esclavos tengan una concepción diferente a la de su “encierro” y que la sublimen a través de la música y el cuerpo, que se supone propiedad de otro. Para el caso de América Latina y su historia violenta, Mbembe contribuye a la reflexión sobre la colonia. Este periodo constituye una manifestación de no-reconocimiento como Estado y mundo humano y, por tanto, como lugar en el que los colonizadores imaginan imposible acordar la paz, donde incluso resulta impertinente hacer una distinción entre paz y guerra, donde la excepcionalidad trabaja por el mantenimiento de lo civilizatorio o —si nos situamos en la actualidad— de las políticas de seguridad pública, para que “prevalezca el Estado de derecho”, así como las nuevas formas de esclavismo, violencia y sustracción de personas, sobre todo en el caso de los migrantes. Sustituyamos la reducción de la vida en el campo de concentración (*Konzentrationslager*) por la que sucedía en la plantación cañera cubana o la algodonera en los Estados Unidos, y tendremos un nuevo conglomerado de

signaturas para pensar el dominio sobre la vida.

Para Mbembe, la expresión más acabada de la necropolítica es Palestina: Un lugar de fragmentación territorial, que busca segregar e inmovilizar para redefinir la relación soberanía-espacio y, en el conflicto con Israel, generar dos geografías en un mismo paisaje, establecer *checkpoints* donde éstas se entrecruzan. Esta división se ha pensado incluso verticalmente, hacia el espacio aéreo, en zonas y cuadrantes de vigilancia, con el fin de concretar acciones letales, destruir recursos de reproducción de la vida —el acceso a carreteras, electricidad, agua, árboles, por ejemplo—, y establecer un *estado de sitio moderno*. Aquí *el objetivo disciplinar, biopolítico y necropolítico se empalman en la militarización de la vida cotidiana y el exterminio*.

La guerra actual —distinta al *estado de sitio*— que no disputa territorio, sino sumisión, sean cuales sean las consecuencias inmediatas, los efectos secundarios o los daños colaterales, es de velocidad. Reside en acciones rápidas y contundentes no sólo con ejércitos regulares cuya mano de obra militar se compra y vende sin importar la identidad de quienes realizan la transacción; también se crean máquinas de guerra relacionadas, capturadas, usadas o no por el Estado; redes transnacionales y diásporas, *que existen en relación con la extracción de recursos*. Y en esa extracción de recursos, la *gestión de multitudes* que, al dar con la violencia, son masacradas o clasificadas, para luego

ser disgregadas en grupos rebeldes, niños soldados, víctimas, refugiados, mutilados y puestos en zonas de excepción o campos. De nuevo, esto rebasa la concepción administrativa de la vida por el Estado sobre la dominación colonial, la gubernamentalidad y la elección entre obediencia y simulación en un paradigma explicativo que deriva del biopoder de Foucault y sobrepasa por mucho las ideas del Estado monolítico.

El segundo artículo de *Necropolítica*, titulado *Sobre el gobierno privado indirecto*, define a este último como una forma de gobierno en un contexto de gran “desabastecimiento, desinstitucionalización, violencia generalizada y desterritorialización”. “Es el resultado de una brutal revisión de las relaciones entre el individuo y la comunidad, entre los regímenes de la violencia, los de la propiedad y el orden tributario”. Para describir estas relaciones, Mbembe ahonda en la lógica del mártir, del *kamikaze* y su emboscada en la vida cotidiana, donde su cuerpo se convierte en instrumento balístico, y en ese ataque se libera, literal y metafóricamente, de la ocupación. Después, en otro paso conceptual, concibe a los ciudadanos como aquellos que tienen acceso a las redes subterráneas de la economía y que, a través de ellas, subsisten en el tráfico del poder público, de las relaciones de peaje, pagos, extorsiones, ligados tanto a formas particulares de mando como a su posicionamiento en la sociedad. En suma, es una formación que rebasa la

corrupción. Admitamos que es una construcción histórica especial de administración, que *no “margina” población o regiones, sino que las une y solapa a redes internacionales de traficantes, intermediarios extranjeros, negociantes y tecnócratas locales*. Las consecuencias son la reterritorialización, el saqueo, la depredación, las identidades forjadas por el terror y la muerte.